



DICASTERIUM
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA

CONGRESO REDIFAM - REDIUF

(Universidad Anáhuac México - Campus Norte)

LA SALUD RELACIONAL EN LOS VÍNCULOS FAMILIARES
25 de junio de 2024

Gabriella Gambino

Subsecretaria del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Estoy realmente encantada de estar hoy aquí con ustedes con ocasión de este Congreso Internacional, que reúne a importantes docentes y estudiosos de muchos países pertenecientes a *Redifam* y *Rediuf*.

Agradezco a Su Eminencia, el Card. Carlos Aguiar Retes, al Rector de la Universidad Anáhuac, el Padre Sánchez, así como a las universidades y a todos los que generosamente hicieron posible este encuentro.

Es un momento importante para nosotros: es la primera vez que nos reunimos en presencia después de años y especialmente después de la Pandemia, que ha cambiado en gran medida nuestra forma de trabajar en red, instándonos a ser más creativos, dinámicos en nuestras reuniones, valientes en nuestras iniciativas. Este encuentro de hoy en México es una expresión de ello, considerando también el apretado calendario en el que logramos organizarnos. Por ello les doy las gracias de manera especial también en nombre de nuestro Prefecto, el Cardenal Kevin Farrell, que continúa siguiendo el trabajo de *Rediuf* con gran interés y solicitud.

Como saben, el lanzamiento del *Family Global Compact* por el Papa Francisco en 2023 ha puesto sobre la mesa de la comunidad académica católica mundial y de las conferencias episcopales temas y cuestiones urgentes y complejas, que exigen de nosotros un gran compromiso didáctico, pedagógico y educativo con las nuevas generaciones y familias que nos han sido confiadas en la Iglesia.

El interés y entusiasmo mostrado por tantas realidades académicas y eclesiales, como la suya, por esta convocatoria de trabajo compartido es prueba de que necesitamos trabajar en red, necesitamos compartir experiencias, conocimientos, metodologías e investigaciones para contribuir más eficazmente a los retos que ponen en juego la subsistencia de la familia cristiana y los valores vinculados a la transmisión de la vida humana. Pero también para sentirnos menos solos en este compromiso de evangelización de la cultura al que estamos invitados.

La Asamblea Plenaria de Rediuf de los próximos días tendrá como objetivo reforzar esta red, donde hoy quieren participar 40 universidades católicas repartidas por cuatro continentes, para hacerla más maleable a la sinergia y a la colaboración con las realidades pastorales y eclesiales de las diócesis.

Nuestro objetivo es crear un flujo de pensamiento cristiano tangible, compartible y, sobre todo, comunicable desde las universidades hasta quienes forman a los laicos en la pastoral familiar, y hacer llegar así el pensamiento cristiano a las nuevas generaciones. Esta es la ayuda que estamos llamados a prestar a la Iglesia.

La elección del tema de este Congreso viene precisamente del *Family Global Compact*. Corresponde al primer punto del plan de acción: trabajar en la calidad de las relaciones familiares.

De la investigación llevada a cabo a través del Centro Internacional de Estudios sobre la Familia (CISF), surgieron en el *Family Global Compact* varias prioridades: desarrollar una cultura del reconocimiento y el cuidado de las relaciones; proporcionar servicios de atención y apoyo en situaciones de crisis / conflicto; garantizar y fortalecer

servicios de formación y preparación para el matrimonio, con un nuevo y más sólido camino de “catecumenado” para la vida matrimonial; proporcionar servicios de educación a la afectividad y sexualidad fundados en la antropología cristiana; defender los valores del matrimonio en el discurso público.

Esto significa que como universidad deben más que nunca trabajar para formar a los laicos en el compromiso público y político de devolver importancia y prioridad a la familia en todos los ámbitos en los que se puede generar el bien común: la economía, el derecho, la educación. Y para recuperar el valor social y jurídico del matrimonio; reconocer y apoyar la apertura de las familias a la vida, desde la concepción hasta la muerte natural; dar valor social, político y jurídico a los vínculos familiares. No es un trabajo fácil.

Implica tres tipos diferentes de compromisos, que se desarrollarán de forma integrada. Primero, se trata de revisar los programas de formación académica, cursos, propuestas de investigación. Segundo, se trata de abrirse a intercambios y compartir experiencias académicas, que puedan enriquecerle mutuamente y desarrollar proyectos de investigación de mayor alcance, tanto a nivel disciplinar como de colaboración entre universidades de distintos países y continentes. En tercer lugar, estar dispuestos a sentarse en torno a una mesa con los responsables de la pastoral familiar de las diócesis y conferencias episcopales de manera sistemática, al menos una o dos veces al año, para reunirse y escuchar las necesidades de formación, las prioridades que surgen de las realidades locales, y compartir juntos propuestas y proyectos que sean realmente útiles para la formación de los laicos y de los acompañantes que quieren ponerse al servicio de la Iglesia.

Esta es una forma concreta de vivir la corresponsabilidad como laicos al lado de los pastores, conscientes de que estamos llamados a la misión. Muchos de ustedes ya están haciendo un trabajo extraordinario en este sentido. Otros están intentando ponerse en marcha y necesitan la ayuda y la experiencia de quienes han encontrado formas eficaces de hacerlo.

Trabajemos en red, en este sentido. Intercambiamos información, contactos, proyectos. No sean celosos de sus capacidades académicas. Trabajemos por el bien común y por el Reino de Cristo. Los obispos nos piden que les ayudemos a poner medios para formar y acompañar a las familias a ser “Iglesias domésticas”; sujetos conscientes en el espacio eclesial y social; acompañarlas en sus eventos y sus necesidades; darles un horizonte de esperanza y de “tarea”. El verdadero objetivo que nos interesa es crear esas condiciones de vida familiar en las que la fe pueda seguir transmitiéndose en el seno de las familias.

El Santo Padre nos lo ha recordado también en el Mensaje de lanzamiento del Compact: no podemos permanecer indiferentes ante el futuro de la familia. Las buenas relaciones familiares representan una riqueza para toda la comunidad eclesial y civil, pues sólo de ellas se generan los bienes y valores relacionales que desarrollan el bien común en el espacio público.

Pero, ¿en qué condiciones se encuentran hoy las relaciones familiares y los vínculos de los que surgen estas relaciones? ¿Y por qué le importan a la Iglesia?

La ya avanzada secularización de nuestras sociedades y el nihilismo de nuestra cultura, que, en la vida práctica, se traduce en *vivir como si Dios no existiera*, separando dramáticamente nuestra realidad familiar y cotidiana de la trascendencia, están provocando serias dificultades en la evangelización y en la transmisión de la fe de una generación a otra, especialmente en el seno de las familias.

Durante décadas dimos por sentado que se transmitía espontáneamente a través de la iniciación cristiana en los sacramentos, que de hecho constituye el vehículo a través del cual los padres introducen a sus hijos en la fe cristiana. Pero la crisis de la familia se ha revelado como la primera causa de la interrupción de la transmisión de la fe, precisamente por la falta de acceso a los sacramentos: los jóvenes no se casan, no viven la vida eclesial; experimentan relaciones afectivas y sexuales inestables, transitorias y experimentales, y, debido a las precarias condiciones económicas y sociales en las que

viven, anteponen el trabajo y la vida profesional a la planificación familiar y al nacimiento de los hijos.

En definitiva, ¿qué queda en estos términos de la vocación cristiana de la mayoría de los laicos, llamados a la vida conyugal y familiar? ¿Cómo llevar a cabo la nueva evangelización de la que habla el Papa Francisco, si no es comenzando de nuevo a evangelizar la familia, que con su testimonio es el contexto por excelencia en el que se debe transmitir el conocimiento y el amor a Cristo? ¿No es el matrimonio una vocación, a la que estamos llamados los laicos para crecer en el amor de Dios y ser felices, a pesar de las dificultades y fatigas de nuestra fragilidad humana?

Todos somos conscientes de que la vida cristiana que se vive hoy en la familia es la condición previa para crear las bases de las opciones vocacionales de las nuevas generaciones, y es la condición previa para que en los próximos años haya familias verdaderamente cristianas, que sepan fecundar el mundo con el amor de Cristo presente en su matrimonio. Pero éste es precisamente el problema para la Iglesia: las familias no tienen los instrumentos para aprender a vivir un estilo de vida cristiano en su interior, para tener entre ellas aquellas relaciones que ayuden a cada uno a crecer dentro de procesos educativos virtuosos.

Es urgente trabajar juntos como universidades y ámbitos pastorales y de formación para comprender cuáles son las prioridades en este sentido. Y la prioridad por excelencia es, en primer lugar, preguntarnos qué queda hoy de los vínculos familiares, porque de las buenas relaciones en los vínculos familiares hay que partir de nuevo para ser testigos creíbles y transmitir la fe. Por eso la Iglesia se interesa por ello y trata por todos los medios de comprender cómo acompañar a las familias en la realidad que viven. Debemos tener la valentía de abandonar estructuras obsoletas, formas de evangelización ineficaces, viejos programas de formación que no dan respuestas a nuestros hijos y ya no favorecen la transmisión de la fe.

En el contexto del fenómeno más general de privatización de la institución familiar, que alimenta la soledad de parejas e individuos con respecto al contexto comunitario y

social, las familias tienden ahora a adoptar formas complejas: vínculos de hecho y de derecho que nacen y se disuelven con extrema facilidad, apoyados en una *ley blanda*, deseosos sólo de satisfacer sentimientos y decisiones autorreferenciales, deseos y voluntades individuales, que no pretenden tener compromisos ni permanecer anclados a responsabilidades. Sin embargo, entre estos lazos familiares, aunque débiles, toman forma algunas relaciones *antropológicas* fundamentales, que surgen de los *roles inscritos* en los *cuerpos sexuados*: estas relaciones antropológicas, inscritas en nuestra carne, son la maternidad y la paternidad, la fraternidad, la filiación, los vínculos intergeneracionales. Son vínculos que tienen significados simbólicos ineludibles para lo humano. Brotan de ese don originario que Dios inscribió en la persona: la relación hombre-mujer.

Cuanto más estables y equilibradas sean estas relaciones, más capaces serán de generar adultos sólidos y maduros, valientes a la hora de afrontar la vida, conscientes del objetivo y de los valores que deben guiarles. La familia es un *bien relacional*: lo es en potencia y llega a serlo de hecho si se construye sobre la voluntad de amar, que logra llevar consigo deberes y obligaciones, don y compromiso. La comunidad familiar, precisamente porque es una *communitas*, se construye en torno a su *munus*, que es la misma relación, vinculante para todos, en la que se comparte un *don* (el don de sí en la relación de amor) y se coopera en la *tarea generativa* que de ella deriva y que se articula precisamente a través de las relaciones familiares fundamentales: paternidad/maternidad y filiación, fraternidad. De las relaciones no se puede huir, están arraigadas en nosotros.

La duración en el tiempo de la relación de amor conyugal, de la que brotan las demás relaciones familiares, es el requisito necesario para que se convierta en vehículo de certeza, sentido y felicidad para los sujetos familiares. Cuando un hombre y una mujer, con sus hijos, son capaces de *permanecer* en sus relaciones, en las que se generan valores a lo largo del tiempo, pueden hacer que estas relaciones sean virtuosas, motores del bien común en la comunidad social más amplia.

Numerosos estudios muestran hoy, por ejemplo, que la mayoría de los individuos en riesgo de desviación proceden de situaciones familiares de escasos vínculos afectivos. Por lo tanto, a efectos de prevención, es nuestro deber trabajar en el plano educativo sobre una *cultura de los vínculos*, del mismo modo que en el plano normativo del derecho de familia sería urgente potenciar estos vínculos, en lugar de hacerlos cada vez más frágiles e incapaces de proteger a los sujetos implicados.

El concepto de *salud relacional* nos sirve entonces para crear un espacio de reflexión, en el que podemos volver a aprender a pensar en el individuo, ya no solo, como hemos hecho durante demasiado tiempo en la modernidad, sino inserto en el contexto relacional en el que toman forma sus experiencias afectivas, emocionales, intelectuales, comunicativas y sociales más importantes, a saber, la familia.

Hoy bien conocido en la literatura, el concepto de salud relacional ha ampliado la lectura de la definición clásica de salud de la OMS: una condición de bienestar físico, psíquico y social, que hoy incluye también todos aquellos factores mentales, emocionales y socio-relacionales, pero también éticos y espirituales, que contribuyen al equilibrio de la persona en su relación con los demás y con el mundo.

El mismo concepto de salud relacional debe aplicarse a la familia como sujeto sistémico y lugar de *humanización de* las personas, en el que debemos ser capaces de desplazar nuestra atención de los factores meramente subjetivos e intrapsíquicos del individuo a los factores relacionales.

La familia, de hecho, es un sistema de relaciones, que no deriva de la suma de sus individuos, sino un complejo sistema de relaciones entrelazadas que, como he explicado antes, surgen de los roles sexuados que genera de forma natural.

Un aspecto del que debemos ser conscientes, sin embargo, es que la familia, como cualquier sistema de relaciones humanas, es un sistema imperfecto, evolutivo, nunca igual, ya que expresa las diferentes etapas de crecimiento y de vida de sus miembros.

El amor cotidiano de una familia, por lo tanto, no sólo es siempre *perfectible*, sino que debe aceptar *convivir con la imperfección* (AL 113) y esto no es irrelevante cuando abordamos la cuestión de la salud relacional de los vínculos familiares. La dinámica del amor familiar pertenece a la dimensión del *ser*, no del *deber ser*. Es un *aquí y ahora de cada familia en su concreción*, no un ideal a realizar, sino una realidad dinámica a través de la cual se realiza el bien humano, en una doble dimensión: como *necesidad de plenitud* del individuo en la relación con el otro, que sólo tiene lugar en el tiempo, dentro de un proceso que necesita toda una vida para realizarse; y como *lugar de don y acogida* en virtud de la natural dependencia mutua de los seres humanos.

El Santo Padre Francisco, con gran lucidez, elabora en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, una psicología y teología del *amor familiar* que no es idílica y abstracta, sino consciente de que el hombre y la mujer son una compleja combinación de luces y sombras, por lo que en realidad «no existen las familias perfectas» (AL 135) y toda familia requiere siempre un desarrollo gradual de su capacidad de amar (AL 325). El objetivo último pero concreto de toda relación amorosa es que ese amor sea capaz de generar vínculos, de *cultivar lazos* (AL 100), porque son los vínculos los que estructuran al hombre y hacen de él lo que es: un sujeto-relacionado capaz de amar. Lo que urge hoy es la capacidad de *cuidar esas relaciones*. Necesitamos formadores y acompañantes capaces de nuevas *competencias relacionales* para apoyar a los jóvenes, a los matrimonios, a las familias. Si la relación es siempre un *tercero* respecto a los sujetos que la viven, hay que cuidar a ese tercero.

Creo que incluso en el enfoque pastoral y educativo necesitamos esta *nueva categoría*: la *relación*, declinada en la doble vertiente de relación conyugal y familiar. Sabemos por experiencia, pero también por la copiosa literatura, que en la familia el bien relacional más importante es el “nosotros” conyugal, el primer “hijo” de la pareja que hay que criar con ternura, dedicación y paciencia, so pena de no poder vivir relaciones largas, capaces de conducir a la plenitud del amor familiar. Pero junto al “nosotros” conyugal, todos los demás “nosotros” familiares deben ser cuidados con dedicación: la

relación materna/filial, desde el embarazo; la relación padre/hijo; las relaciones entre hermanos y entre abuelos y nietos.

Hay que concienciar a las familias de que las relaciones que se tejen en su seno son como los huesos de un esqueleto sobre los que hay que potenciar músculos fuertes, capaces de desarrollar un equilibrio global en todo el *sistema familiar*, un equilibrio dinámico compuesto de un «proceso constante de crecimiento», que exige luchar, renacer, reinventarse y volver a empezar (AL 124).

Todo esto repercute en los procesos educativos. En la Iglesia y en las familias cristianas es cada vez más difícil poner en marcha procesos educativos auténticos, que puedan acompañar a los jóvenes en un camino que conduzca a una meta. En este sentido, surgen dos cuestiones: en primer lugar, necesitamos educadores-adultos, conscientes de su propia madurez y de la importancia de serlo. En segundo lugar, necesitamos adultos generosos, capaces de *estar en relación* incluso cuando la relación parece imposible. Debemos trabajar estos puntos en profundidad, estudiar estrategias de acompañamiento, porque en sociedades complejas y virtuales son los mayores retos para nuestras familias y el requisito previo para un testimonio aceptable de transmisión de la fe.

Sobre el primer aspecto, me limitaré a afirmar que sólo en presencia de padres y madres que se saben adultos puede un niño ser niño en plenitud, y un adolescente vivir su adolescencia. El adulto, de hecho, es el que acepta de de-finirse, acepta su propia finitud y limitación. Es él quien se decide por una situación de estabilidad, hoy nada fácil de elegir, porque contrasta con el deseo de vivir en un mundo de continuas posibilidades. La incapacidad de elegir el matrimonio se deriva precisamente de esta actitud básica: es decir, de la idea de que la mejor oportunidad siempre puede estar en otra parte y que, al elegir, nos perdemos “lo mejor”.

La paternidad puede leerse del mismo modo: los hijos nos definen como padres adultos, nos piden que adoptemos una postura sobre los valores y la vida para poder activar los procesos educativos que surgen naturalmente de la asimetría generacional. Para tener

hijos hay que aceptar dejarse definir por las necesidades de los hijos, y es precisamente esto lo que muchos rechazan hoy cuando dicen que no quieren tener hijos.

Si queremos utilizar por un momento el “lenguaje de los derechos”, podemos decir que todo niño tiene derecho a *ser educado por verdaderos adultos*, tiene *derecho a esperar* que el adulto que se ocupa de él asuma la responsabilidad de mostrarle un camino y transmitirle los valores necesarios para que se sienta preparado para afrontar la vida.

Somos todos conscientes de que *educamos por lo que somos, no por las recetas que tenemos*. Este es el sentido de la ya clásica afirmación de Benedicto XVI de que los valores y la fe no se transmiten por proselitismo, sino por atracción. Es decir, por el testimonio de vida. Nuestra responsabilidad como comunidad eclesial, en este sentido, es inmensa y nos exige una gran labor de acompañamiento de los adultos, de los padres y, sobre todo, de preparación de los jóvenes, para que puedan abrazar su propia edad adulta y hacerse generativos para las generaciones futuras.

Sobre el segundo aspecto, es decir, la importancia de generar adultos generosos y dispuestos a permanecer en relación, sólo quiero reiterar que, así como no es de un adulto, sino de la relación hombre-mujer que se genera un niño; así tampoco es de un educador sólo, sino en la *relación educativa* que se genera un hombre a la verdadera vida, a la vida espiritual y a la relación con Dios. Por tanto, el individuo, en su autorreferencialidad, *no puede educar, pero puede ser educativo y generativo en la relación*.

Por eso las relaciones deben hacerse sanas y deben apoyarse en adultos sólidos que sepan estar en relación con su madurez. Adultos conscientes, madres y padres que sepan reconocer en sí mismos aquellas competencias educativas que llevan inscritas en su ADN parental y que deben aprender a desarrollar. Este es un aspecto importante para los educadores y las familias, que hoy necesitan encontrar nuevas estrategias para saber *estar* en la relación educativa con una generación de jóvenes que, también por el uso excesivo de la tecnología y la realidad digital en la que literalmente viven, ya no pueden relacionarse.

Ciertamente, hoy en día, en las relaciones familiares es difícil separar los aspectos psicológicos de los educativos. Existen dinámicas psicológicas, tanto en la pareja como entre padres e hijos, que hacen compleja la relación educativa - pienso en las lagunas relacionales creadas por el uso continuado de los *smartphones* -, por lo que se hace difícil distinguir los *errores educativos de los problemas psico-relacionales*. Esta capacidad de distinguir es fundamental para razonar sobre la salud relacional, por un lado, y los fines educativos de nuestras relaciones familiares, por el otro lado.

Una de las mayores preocupaciones de la Iglesia actual se refiere a las familias y parejas en crisis. El abandono de la relación conyugal en los primeros años de matrimonio, pero también después de 25 o 30 años, cuando los hijos se van de casa, aparece cada vez más a menudo como la solución adecuada para desterrar las dificultades y las crisis y librarse de una carga. El encuentro con las dificultades se confunde a menudo con un signo definitivo de disfunción, de error de la persona, y se cuestionan opciones fundamentales que, como el arado del Evangelio, deberíamos hacer evolucionar con más empeño, en lugar de volver atrás para negarlas, como tan bien explicó von Balthasar en esa espléndida obra que es “Los estados de vida del cristiano”.

Por otra parte, refiriéndome al matrimonio y a la salud relacional entre los cónyuges, me parece de gran interés que la reflexión más reciente sobre la antropología relacional de la pareja haya puesto de relieve cómo la *diferencia* hombre-mujer no es una carencia que haya que colmar con una relación hecha de regateos o renunciaciones bilaterales - como a menudo se percibe la relación hombre-mujer en la vida concreta - y deba más bien presentarse como el *horizonte, el espacio* donde el Otro es esperado, reconocido en su diferencia, acogido, al que hay que abrirse y desde el que se genera toda posibilidad ulterior. En los caminos de acompañamiento, cambiar la perspectiva de la mirada, definir un espacio de acogida puede ser de gran ayuda para las familias. De este modo, la relación conyugal puede ser objetivada, asumida, valorada como una realidad en sí misma.

Como explica Karol Wojtyła en *Amor y responsabilidad*, contrariamente a lo que tiende a pensar el enfoque romántico del amor, el amor *verdadero y recíproco* no es sólo el amor de uno *por* el otro, como si sólo *estuviera en el hombre y sólo en la mujer*, pues en última instancia eso serían dos amores, uno frente al otro; más bien, el amor verdadero es esa relación que existe *entre* dos y los une. Es ese factor interpersonal que une y hace un “nosotros”.

Basten estas pocas pistas para que estemos de acuerdo en que hoy, para cumplir con nuestra misión de evangelizar a las familias y a la cultura, no basta con ponernos al día: necesitamos desarrollar nuevos conocimientos y habilidades, que puedan ayudar a la pastoral familiar en el acompañamiento y discernimiento de las familias. Necesitamos una re-comprensión de los roles familiares, de las funciones educativas y de los espacios relacionales; debemos aprender a re-conocer las fortalezas y debilidades dentro del sistema familiar; objetivos y estrategias para resolver problemas; desarrollar habilidades comunicativas para hacer más competente a toda la unidad familiar; y de nuevo, hacer adultos generativos para ayudar a los niños a pasar por esas crisis naturales de crecimiento, que necesitan para humanizarse, antes de estructurarse en modos patológicos activados por el ambiente virtual en el que viven.

Una vez más, deseo expresarles mi gratitud porque el encuentro de hoy demuestra que estamos unidos y somos conscientes de la urgencia de trabajar en la salud relacional de los vínculos familiares para ayudar a la Iglesia en la nueva evangelización: crear ambientes de vida, en los que los jóvenes puedan escuchar en el silencio de su corazón libre la voz del Padre, que les llama a una vocación.

Son universidades católicas: su misión de evangelizar el mundo «exige que sean informados por la fuerza del mismo Evangelio el sistema de pensar, los criterios de juicio y las normas de actuación; en una palabra, es necesario que toda la cultura humana sea henchida por el Evangelio» (*Veritatis gaudium*, 2017).

Como estudiosos están llamados a servir al *principio de familia* según la antropología cristiana. Como cristianos a servir a *los hogares particulares*, en su concreción, a través del servicio que pueden prestar a la pastoral.

Miremos más allá de las vallas de las universidades individuales. Existe un “nosotros” de la red mundial que estamos construyendo juntos. Cuidadlo, también a través de vuestras relaciones mutuas, y cultivadla. El Dicasterio les acompaña. Esta es también una manera de participar en el camino sinodal de la Iglesia y realizar nuestra misión.

Buen trabajo a todos y gracias de nuevo por su incansable compromiso con la familia.